

me aparearé y montarás tú; al pasar por la poterna no olvides de golpearme con tu espada, gritando al mismo tiempo: « ¡Paso al racimo de horca del gran Prevoste! He aquí un canijo que va á dar el gran salto en la Cruz del Trahoir »... Tú me comprendes, ¿verdad?

— Sí, señor, — dijo Bernardo con cierta vacilación — pero es el caso que ese jinete parece acercarse á la mujer que hemos oído cantar...

— ¿Y tú desearías socorrerla en caso de que el otro la ataque; — concluyó el marqués. — Bien está, y apruebo tu conducta. Sin embargo, procura reunirte conmigo lo antes posible á fin de que pasemos la puerta de San Antonio como antes te he dicho.

Un momento después el señor de Villanueva aventurábase en la espesura del bosque, seguido de *Diógenes*.

El excelente perro cambiaba de amo con increíble facilidad.

V

EN EL QUE BERNARDO ENTREVÉ NUEVAS AVENTURAS

Sed de Amor permaneció inmóvil en el sitio mismo en que le dejara el marqués, pronto á intervenir en el caso de que el aun invisible jinete tratara de oponerse á la huida del de Villanueva.

Acababa de recordar en efecto que este último iba sin armas. Quedábale el recurso, en caso de verse atacado, de hacer tomar á Djaulia el paso de carrera; pero ¿acaso las balas de mosquete no corren más que los más veloces corceles?

Bernardo se inquietaba sin motivo.

Las últimas lluvias de marzo habían empapado los caminos, y por esta razón los cascos de Djaulia no sonaban en la tierra blanda del bosque como en la más endurecida del camino por el que se acercaba el jinete misterioso, que se aproximaba cada vez más, sin sospehar siquiera no lejos de él la presencia de otro jinete.

Tranquilo pues por lo que respecta al padre de Solange

reintegróse el caballero á su sitio primitivo con objeto de ver á la claridad de la luna á la mujer del canto monótono, y dispuesto á protegerla, en caso necesario contra todos los peligros posibles.

En aquel momento sólo el muro del coto real le separaba de la nocturna cantatriz. Apartando las ramas de yedra y otras plantas parasitarias, cuyo follaje invasor formaba como un manto que cubría la albardilla, había de serle fácil ver y oír.

En efecto, encaramado en la cresta del muro, pudo observar Bernardo que la cantadora nocturna hallábase parada en un claro de luna cuya argentada luz la bañaba por completo, y que sin dejar de cantar parecía como si buscase algo en su brazo izquierdo plegado al modo del de una madre que sostiene en él á un recién nacido.

Su cuerpo estaba cubierto de andrajos descoloridos y aun agujereados en varios sitios, pero escrupulosamente limpios, y colocados no al desgaire, sino con cierta coquetería.

Calzaba zapatos viejos, grandes, muy usados, en los que nadaban sus pies, que adivinábanse de extremada y señorial pequeñez á juzgar por la elegante finura del tobillo descubierto por el faldellín, lamentablemente deshilachado.

¿Qué edad podía tener aquella viajera extraviada?

Difícil hubiera sido precisarlo.

En sus rasgos fisonómicos, admirables, aparecía aún la juventud; pero una multitud de blancas hebras trazaba argentados surcos en el oro sombrío de su opulenta cabellera.

Una pena profunda, lancinante, se leía con claridad en el rostro expresivo de aquella mujer, cuyos ojos no reflejaban sin embargo pensamiento alguno.

La Corte de los milagros lloraba la pérdida de su « buena madrecita », de la mujer que era á modo de talismán precioso, y por eso desde la mañana de aquel mismo día andaban Almizcle y Tafouilleux revolviendo todo París para dar con el paradero de Divina la loca que habíase fugado nadie sabía cómo la noche antes, aprovechándose para hacerlo del sueño de sus dos guardianes.

El lector sabe perfectamente á consecuencia de qué acontecimientos habíase decidido la loca á interponerse entre los asesinos del marqués de Villanueva y este último, á quien ella confundía en su locura con el hijo cuya pérdida lloraba.

En cambio, ni Tafouilleux ni Almizcle sabían una sola palabra de esto, y no sabiéndolo no podía ocurrirseles la idea de buscar á Divina en Vincennes, donde en realidad se encontraba.

¿Cómo había podido recorrer la loca tanto camino sin encontrarse con uno siquiera de los cuarenta mil hampones, aventureros ó miserables solidarizados con los malhechores de la Corte de los milagros, todos los cuales la conocían? ¿Cómo sobre todo había podido dirigirse casi en línea recta al castillo de Vincennes desconocido para ella?

Tal vez porque los locos poseen en lugar de inteligencia una especie de instinto superior al de los animales más admirados por el hombre.

Con ayuda de ese instinto, en el que entran como componentes la intuición y la astucia, había logrado Divina dirigir sus pasos y escapar á la vigilancia de cuantos la conocían.

El caballero de Arma se percató en el acto del estado mental de aquella desgraciada, en torno á cuya cabeza la luz de la luna formaba como una aureola, y una profunda tristeza, cuya causa no hubiera podido definir, invadió su alma al observar la que se reflejaba en el semblante de la loca.

Quiso sustraerse al dolor que le producía el espectáculo de aquel otro dolor, y trató de reaccionar razonando un poco. ¿Qué razón había para aquel su exceso de sensibilidad? Ninguna, sin duda, pero dicha debilidad era un hecho innegable; algo intuitivo, irresistible.

Entre tanto, la loca mecía de nuevo en sus brazos á una criatura imaginaria. Su voz, de timbre puro, se elevó lacrimosa, desesperada, punzante.

Bernardo hubiera debido taparse los oídos, pero no pudo. Escuchó pues, mientras la loca cantaba :

Hijo del alma querido,
¿ dónde estás? ¿ dónde te encuentras?
¿ por qué no he de hallarte nunca,
¿ y por qué la Providencia
se burla de mis dolores?
¿ Porqué desoye mis quejas?

Y he aquí que Bernardo creyó comprender; sus ojos se humedecieron y sintió que su corazón se anegaba. Olvidando bruscamente el porqué de su presencia en

aquel sitio, sin que se le ocurriera pensar en el jinete cuya sospechosa vecindad le había impulsado á quedarse allí, disponíase Bernardo á mostrarse para tratar de llevar un poco de consuelo al ánimo de la infeliz demente, cuando hubo de hacerse atrás para no ser visto.

El jinete misterioso acababa de penetrar en el claro de luz, y llamaba á la loca.

— ¡ Condesa, eh, condesa! — decía.

Bernardo observó entonces con asombro que el jinete era una mujer.

Una mujer de imperiosa belleza, atractiva y fría á la vez. La color de su rostro era quebrada, como la de los cíngaros errantes; su mirada, acariciadora y repulsiva, por extraña que tal antítesis pueda parecer; una de esas miradas que ordenan y suplican al mismo tiempo.

Observando tales contrastes hubo de pensar Bernardo que en aquella mujer debían encontrarse reunidos el extraño poder que ejercen, cuando colaboran juntos, una naturaleza ardiente, un corazón de piedra y un alma viperina:

Vestía la desconocida un traje zingaro, cuya corta falda llegaba apenas á los tirantes de sus altas botas de campana. Una toca con pluma de águila cubría en parte sus abundosos cabellos negros, naturalmente ondulados, y por entre los botones de la sobreveste asomaban las culatas de dos pistolas de eslabón, armas nuevas entonces y de valor considerable.

Sólo una pagana — pensó Bernardo — puede presen-

tarse con tan audaz y hombruna indumentaria... Bueno, ahora se coloca de modo que le dé la luz de lleno. Bella es de verdad, pero es una belleza fatal la suya. ¿Cuántas víctimas habrá hecho? ¡Quién es capaz de saberlo! Muchas, sin duda; deben ser muchas; porque aunque la cara es fresca todavía, me parece de más edad que la pobre loca... Tal vez se rejuvenece con ayuda de esos cosméticos y esencias que emplean las mujeres de Siria... En fin, que ya no es una niña, y que con esa belleza ha debido hacer mucho daño. Y ahora que recuerdo, ¿á quién llamaba condesa hace un instante? ¿Será á...? ¡Sí, vientre del diablo! A la loca es. ¡ Si que ha descendido la pobre!...

Al oír las voces de la recién llegada interrumpió la demente su canto, mirando en derredor con extrañeza.

— ¿Quién ha hablado? — preguntó luego.

— Soy yo, condesa; mírame bien. ¿No me reconoces?

La otra se adelantó hacia la amazona, apoyando ambas manos en el borrén delantero de la silla, y dióse á mirarla fijamente.

Y de pronto, como acometida de un horror indecible, dió un salto atrás, gritando al mismo tiempo:

— ¡Sí, oh, sí! Te reconozco... ¡Tú eres Phath la Egipcia! ¡Phath la bruja!

Era en efecto aquella mujer la misma egipcia á quien vimos operar en el castillo de Bonaguil, cuando Solange se hallaba enferma. El lector recordará que por orden de dicha mujer se realizó el viaje á la gruta de la Magdalena, viaje en el decurso del cual la joven enferma

recobró en efecto la salud y trabó conocimiento con nuestro caballero que acababa de poner en fuga á Sed de Sangre, luego de infligir dura lección á los hombres de su partido.

Pero Bernardo ignoraba en absoluto la parte que la egipcia tomara en la consulta médica celebrada en Bonaguil, por lo cual el nombre de Phath le pareció tan sólo original, sin que evocara en él recuerdo alguno. Si el joven hubiera sabido que una gruesa suma fué destinada, por consejo de la cingara, á ser arrojada en la gruta de la Magdalena, no habría dejado de relacionar dicho consejo con el ataque tan bien dispuesto por el bandido enmascarado.

Pero no sabía nada, lo repetimos, y su perspicacia no podía conducirle hasta la sospecha de que la mujer á quien contemplaba en aquel instante pudiera tener complicidad en la emboscada del Vezera.

— ¿Dónde he oído yo ese nombre? — se preguntaba Bernardo. — Porque no me es desconocido... En fin, poco importa; pero vamos á ver si acepta sin protestar el calificativo de bruja...

Phath no protestó. Dulcificando cuanto le fué posible el timbre de su voz, dijo á la demente:

— ¿Cómo es posible, desdichada criatura, que trates con tal dureza á tu verdadera, á tu única amiga?

— ¡Tú mi amiga! ¡Tú! ¡La causa de mi desgracia!... — gimió la demente.

— Condesa...

— Yo soy Divina la loca, — interrumpió la infortunada. — ¿Dónde está la condesa?

— Pero si eres tú, olvidadiza... Acuérdate bien... Antes que hoy me reuní otra vez contigo para decirte, como te digo ahora : Condesa, yo, tu amiga, he encontrado la pista de los que hicieron un infierno de tu vida ¿quieres vengarte?

La loca la miró con extrañeza.

— ¡ Vengarme! ¿ De quién?

— Oyeme bien; — insistió la cingara. — Por segunda y última vez hago un llamamiento á tus odios legítimos... Si es que me he equivocado al juzgarte, si, por imposible que parezca, has perdonado á tus enemigos, si tu mano se niega á herirlos como tú fuiste herida, te juro que no volverás á verme nunca...

Oculto tras el tapiz de yedra, Sed de Amor escuchaba temeroso lo que allí se decía. Parecíale comprender que lo hablado hasta entonces no era más que una entrada en materia, destinada á excitar la locura maternal de la desgraciada harapienta; pero ¿ qué objeto se proponía la infernal tentadora? Esto es lo que no acababa de comprender Bernardo.

La cingara continuó :

— Cierto que ya no eres condesa. Sin embargo, en tu cerebro oscurecido debe hacerse un poco de luz de vez en cuando; y no es posible que en esos momentos no se presente á tu imaginación un hermoso soldado, y un castillo feudal, y una gran dicha, una felicidad familiar sin nubes... Luego la noche; asaltantes enmascarados, gritos, sangre, llamas... ¡ Y un niño á quien asesinan!...

— ¡ El niño! — rugió la loca.

Y dando un salto de felino se lanzó sobre Phath, quien estuvo á punto de caer del caballo, al recibir el rudo choque.

Bernardo, invisible testigo de la trágica escena, sentía humedecerse sus sienes con sudor helado.

¿ Estaría soñando? ¿ Era ó no su propia historia la que acababa de oír, resumida, de labios de aquel demonio con faldas? Hubiera jurado que sí : que era la suya. Él la había oído contar. ¿ Dónde y por quién? No lo recordaba, pero habíala oído contar. Sí, era la suya; la infernal imaginación de aquella mujer no podía llevar su fertilidad hasta el punto de inventar una escena que él, Bernardo, debió vivir en época lejana, que no le era posible precisar.

Pensando en esto saltábale el corazón dentro del pecho, zumbaban sus oídos, latíanle las sienes con violencia, y sentíase incapacitado de coordinar las ideas que en confuso tropel se agolpaban á su mente.

Pero de pronto la luz se hizo en su cerebro y recordó.

— ¡ Vientre del diablo! — rugió en voz baja. — ¿ Será esa la terrible enemiga del conde Jacobo, la ladrona, la asesina, la incendiaria? La historia que cuenta se parece mucho á la que me contó á mí ¡ ahora me acuerdo! Bar Cobral, en la Caverna de la muerte.

Un nuevo grito de Divina llegó á interrumpir su penoso trabajo mental.

— ¡ El niño! ¿ Dónde está el niño? — repetía sacudiendo á la amazona.

Ésta obligó á su caballo á dar un bote, y ya libre de las garras de la demente, preguntó :

— ¿Qué harás si te muestro al que ó á la que se apoderó de él? Dime, ¿qué harás?

La loca contestó inconsciente :

— Le diré : « Devolvédmelo ».

— ¿Y si no lo pueden devolver?

La pobre demente lanzó una carcajada demoniaca.

— Entonces, — dijo — ¡oh! entonces, abriré el pecho de quien sea para arrancarle el corazón y estrujarlo entre mis manos.

La transformación había sido rapidísima. La boca de Divina espumaba, y sus manos afectaban la forma de la garra de las aves carnívoras.

— Pero ¿qué harías luego, con ese corazón estrujado? — preguntó la cingara implacable.

— ¿Qué? Guardarlo en mi poder para atormentarlo un poco más cada día ; ¡siempre, siempre!

— Bien, condesa. ¿Conoces el *lago luminoso*?

— No.

— Se halla al pie del castillo de Chaumont ; cualquiera te lo indicará. Allí te espero la noche próxima, en sus primeras horas, y si continúas decidida como lo estás ahora, te mostraré al ase... ó al raptor de tu hijo. No lo olvides. Hasta muy pronto.

Dicho esto espoleó Phath á su caballo, que partió al galope en dirección á Montreuil.

Divina, juntas las manos y la mirada vaga, parecía hallarse en éxtasis. Tomando de pronto una resolución, lanzóse á su vez hacia la espesura del bosque, repitiendo monótonamente :

— Por el niño... al lago luminoso... Iré, ¡oh, sí! iré...

— ¡También yo! — murmuró Sed de Amor. — La noche próxima será la víspera de mi entrevista con Bar Cobral en la calle de Estufas viejas, por lo que aún no sabré fijamente quien soy... ¡No importa! Por lo menos podré proteger eficazmente á esa desgraciada, y esto ya es algo. Además, quiero ver ese lago luminoso ; y como los misterios deben abundar en el castillo de Chaumont, donde esa Phath tiene sus extrañas entrevistas, aprovecharé la ocasión para tratar de explicarme algunos de ellos, lo cual me servirá de distracción. Pero... ¿dónde ha ido la loca? Esa pobre mujer, esa condesa, como dice la otra, ha hecho vibrar en mi alma una cuerda sensible. Necesitaría reunirme con ella, poder hablarle...

Con este propósito sin duda saltó el muro y se lanzó en persecución de la demente, á la que durante largo rato buscó sin resultado en la umbria del bosque. Entonces recordó que el gran marqués no podría franquear sin su concurso la puerta San Antonio, y avergonzado de haberle olvidado tan por completo, se alejó á la carrera en dirección á París.

Largo rato llevaba el marqués sentado en el talud cubierto de césped á orillas del camino, fija la vista en las defensas de la Puerta de San Antonio que dominaba el imponente y pétreo monumento de la Bastilla, esperando con creciente impaciencia al joven que tan valerosamente acudiera poco antes en su socorro.

El señor de Villanueva-Marsán comenzaba á inquietarse por la tardanza de Bernardo.

Demasiado consciente de su fuerza, bravo hasta la imprudencia, ¿no podía ser que el joven, que quiso quedarse para auxiliar á una mujer desconocida, se hubiera dejado sorprender por el jinete misterioso, el paso de cuyo caballo habían ambos oído, y el cual jinete podía muy bien ser el jefe de una patrulla salida del castillo?

En esto pensaba el evadido sin perder de vista el baluarte próximo de San Antonio, bañado por la luz de la luna, mientras que Diógenes dormía á sus pies y la yegua se ocupaba en morder el tierno césped.

De pronto el perro se levantó de un salto y luego de estirarse agitó alegremente la cola, mirando hacia el sitio en el que cien años más tarde debía comenzar la erección de las dos columnas de la barrera del Trono.

Sed de Amor llegaba sofocado.

— Mucho tardaste, hijo mío; — díjole el marqués.

— ¡Ah, señor!... ¡Si supierais!...

— Nada de excusas. La noche está ya muy adelantada, y hemos perdido no poco tiempo. Aprovechemos el que nos queda para hacer lo convenido...

— Es que...

— ¿Se te ha olvidado ya lo que convinimos? — preguntó el marqués. — Débil es tu memoria, amigo mío; en fin, desata esa cuerda que te rodea la cintura y que pega mal con tu rico traje... Bueno: átame ahora las dos manos; así, eso es, veo que tienes buenas disposiciones... Ahora monta á caballo conservando el extremo de la cuerda entre tus manos, y en marcha.

— ¿Hacia dónde?

— Hacia la poterna, ¡cuerpo del diablo! Un gentil-hombre del gran prevoste no puede quedarse fuera de los muros de París cuando trae consigo...

— Sí, sí, ya me acuerdo, señor; — interrumpió Bernardo.

— Sea enhorabuena. Andando, que la luz del alba comienza á aparecer en el horizonte... ¡Ah! y no te olvides de hablar con arrogancia. Eso viste mucho.

El caballero espoleó su montura, pensando en que marchaban hacia un gran peligro, pero firmemente resuelto á asegurar la libertad del padre de Solange.

Éste exclamó de pronto:

— ¡Divina inocencia! Pero hombre, ¿qué haces de tu espada?

— ¿Mi espada?

— Desenvaina, ¡cruz de Cristo! ¿No comprendes que un miserable como el que yo represento, no se deja conducir al cadalso como un corderito?

La observación era justa. Bernardo desenvainó su acero.

Ya era tiempo. Inclinado en el mirador de la atalaya, un vigilante hacía lo posible por reconocer á los que se aproximaban.

— ¡Pasad de largo! — gritó de pronto.

Bernardo habíase detenido en el flanco del foso, y contestó esforzando la voz:

— ¡Paso en nombre del rey!

Oír esto y animarse todo en el interior del reducto, fué una misma cosa. El inmenso tablero del puente

levadizo descendió chirriando, y entonces pudo verse en el lado opuesto del foso á un pelotón de arcabuceros que apuntaba sus armas. A la izquierda de aquellos hombres se hallaba un oficial ya viejo.

Hacia éste empujó Bernardo su caballo resueltamente.

— ¿Qué significa esto? — dijo fingiendo una cólera que estaba muy lejos de sentir. — ¿Tendriais acaso por consigna impedir que las órdenes que da el señor gran Prevoste sean ejecutadas?

El oficial se impresionó; pero como estaba acostumbrado á ciertas astucias de que servíase con frecuencia la gente maleante, dijo á su interlocutor:

— Yo creía conocer á todas las gentes del gran Chatelet, y en Dios y en mi ánimo os juro que esta es la primera vez que os veo. ¿Desde cuándo estáis al servicio del Sr. de Estouteville?

— Desde ayer; — dijo Bernardo con aplomo.

— ¿Y ese perro?

— También.

— ¿Conque el perro también?... Eso ya me parece más extraño.

— ¡He dicho que el perro también! — repitió Bernardo elevando la voz. Y sabed, señor oficial, que si me viniese en gana dar cuenta de la ignorancia que demostráis, seríais depuesto mañana mismo aunque no fuera más que por la duda que acabáis de exponer. Este perro — y agradecedme la condescendencia que demuestro con mi explicación — este perro es el primero de una jauría que se está adiestrando en la caza de los criminales.

La desconfianza del oficial desaparecía como por encanto. Los arcabuceros se apartaron por orden suya. Entonces Bernardo continuó diciendo:

— ¿No me visteis salir de París hace unas cuantas horas, en compañía de este sabueso?

Pero ya el viejo soldado no dudaba. Su único deseo era hacerse perdonar su severidad.

— Con efecto, señor caballero; ahora recuerdo haberlos visto salir. Y os creí en persecución de cierto rústico que por aquí pasó agujoneando á un mulo cargado de trapos y prendas viejas.

— No: la misión que me fué encomendada es la de alcanzar y traer á París á este bergante.

Y al decir esto sacudía la cuerda á cuyo extremo estaba atado Jacobo de Villanueva.

— ¡Mala cara tiene el prójimo! — dijo el oficial, convirtiéndose en cortesano. — ¿Y le disteis alcance?...

— Lejos, muy lejos. En el bosque de...

— Crecy, murmuró el prisionero.

— ¡Diablo! No es mala la carrera que os disteis para conseguir presa tan menguada... ¡Abrid vosotros! No olvidéis, señor gentilhomme, de decir al señor de Estouteville que el teniente Malin — ya sabéis mi nombre — es su más leal servidor.

Dicho esto, y sombrero en mano, condujo á Bernardo hasta la entrada de la calle de San Antonio reintegrándose enseguida á su puesto.

Quedaba franqueado el mal paso.

El alba naciente tenía de color rojo los restos vaci-

lantes del palacio de las Torrecillas, entonces en demolición. París se despertaba.

La colmena obrera iba invadiendo poco á poco la gran calle de San Antonio. En ella se mostraban ya los artesanos más madrugadores, vendedores de leche, tenderos, voceadores de buñuelos y panes blandos, amoladores, etc. Algunos galancetes abandonaban tomando precauciones el teatro de sus nocturnos placeres; tal cual borrocho impenitente bordaba la calle, seguido por matinales descuideros, mientras que algún Romeo enviaba desde lejos á su Julieta el último beso, inclinándose ella sobre el balcón para verle desaparecer tras una esquina.

Internarse en vía tan frecuentada hubiera sido para nuestros dos hombres una imprudencia temeraria. A cada paso habríase visto rodeado el caballero de nuevos curiosos, entre los que podía haber alguno que conociese al gran marqués.

— Toma á la izquierda, amigo mío; — aconsejó éste en voz baja.

Por aquel lado abríase la calle Jacques Cœur, que Bernardo tomó sin vacilar.

Una vez en ella, y pasado el Hotel de Bretaña, se encontraron al fin aislados. Edificábase entonces todo un barrio nuevo en los terrenos ocupados antes por el palacio de la reina y por la señorial morada del Puse y Muce, por lo que dichos terrenos se hallaban rodeados de largas empalizadas.

El caballero se detuvo al abrigo de una de ellas. Miró á derecha é izquierda y seguro de que nadie podía sor-

prenderle, desató las manos del prisionero, sujetando de nuevo la cuerda á su cintura.

— ¿Qué haces, hijo mío? — preguntó el marqués.

— No hay peligro alguno por el momento; — afirmó Bernardo.

— Razón tienes después de todo. Libre he de vivir de ahora en adelante. El telón acaba de caer, terminado el primer acto, como decían los señores comediantes en farsas y sátiras; vamos ahora á disfrazarnos, á caracterizarnos para el segundo.

— ¿Dónde debo conducirlos, señor? — preguntó Bernardo.

— ¿Lo has olvidado también? Decididamente, tu memoria no puede ser más deplorable. Lo que deseo ante todo es no tener nada más de común, por lo que respecta al físico, con el que á estas horas deben colgar en las escalas de la horca.

— ¿Cómo hacer?

— ¿No me has hablado de cierto barbero estufista?

— Sí: vive en la esquina de las calles del Pie del Diablo y de la...

— ¿De la Tixanderie tal vez?

— Tal vez.

— En ese caso debo conocer al interesante personaje, que con pretexto de rapar barbas y limpiar cuerpos ejerce subrepticamente otro oficio. Es un tal Jonás, más traperero que barbero y menos estufista que depositario de objetos robados, amigo íntimo que fué siempre de rateros, pícaros y zarramplines de toda laya... Con-

que vamos á ver si continúa allí el hombre, esperando la cuerda que debe ahorcarle.

— ¿Hemos de volver atrás para eso? — preguntó Bernardo.

— No; sígueme. Ahora me toca á mí guiar tus pasos. Pasemos ante todo por el patio del Ave María.

A él llegaron apenas andados algunos pasos, y luego de dar la vuelta á la torre de Barbeau, resto de la muralla de París en tiempos de Felipe Augusto.

El patio estaba desierto. El gran marqués corrió hacia la fuente colocada en el centro del mismo, y se lavó abundantemente el pecho, la cara, la barba y los cabellos. Sus heridas eran no pocas, pero sin gravedad por fortuna. Pensando en ello, decía á su compañero:

— Puedo vanagloriarme de haber escapado milagrosamente. Los ungüentos de Jonás cicatrizarán estos arañazos en pocos días.

Al salir del Ave María se cruzó con ellos una escuadra de arqueros que los examinaron con desconfianza, penetrando enseguida en una casa edificada sola entre las calles de San Pablo y de los Ferreteros.

— ¿El palacio de algún poderoso señor, sin duda? — preguntó Bernardo.

— Del señor más poderoso de París después del rey, joven; — dijo el marqués. — Si no tuviéramos, como tenemos, algo mejor que hacer, deberías, cumpliendo con lo que prometiste hace poco, penetrar en él, para ofrecer al señor de Estouteville el homenaje de respeto del inteligente oficial que nos hizo abrir la puerta de San Antonio.

Saltó Bernardo en la silla é instintivamente oprimió los lomos de Djaulia. Interesá bale en alto grado poner la mayor distancia posible entre su compañero y la morada del jefe supremo de la policía de París.

Marchando siempre tras el gran Diógenes que husmeaba todas las puertas, lamiendo aquí la leche de un jarro ó apoderándose más allá de algún hueso apetitoso, subieron los dos hombres la tortuosa calle de Jouy, sin cuidarse ni poco ni mucho de la curiosidad que en los transeuntes parecía despertar la deferencia de que el joven caballero parecía rodear á su acompañante andrajoso. Y luego de cortar en diagonal algunas callucas estrechas y malolientes, llegaron, por San Gervasio y la puerta Baudest, á la entrada de la calle del Pie del Diablo.

Sed de Amor reconoció al punto aquellos sitios, únicos que conocía de París, y pasando sin mirarla siquiera ante la casita en la que la víspera pudo descansar, comer y cambiar de traje, fuese derecho hacia la puerta de la casa de baños, ó estufa, como se decía en aquel tiempo.

El lector no ha olvidado sin duda que dicha estufa pública lindaba con un jardín junto á la verja del cual vimos á Matraca sorprender una interesante conversación entre miss Huming y el duque de Saboya-Nemours, precisamente en los momentos en que Gaultfarault, renegado del argot, se hacía perfumar y vestir de modo conveniente, antes de hacer su entrada, como amo y señor, en el Hotel de Villanueva-Marsán.

Jonás, según su costumbre, y lo mismo que el día

anterior, se hallaba en el umbral de su puerta, cuando llegaron los dos hombres.

El gran marqués reconoció en él enseguida al encubridor de los rateros.

El israelita por su parte se estremeció, é inició un movimiento de retroceso mientras que palidecía intensamente.

— Vamos á dentro, buen hombre, — díjole el marqués rechazándolo hacia el interior de la casa. — Me están mareando á causa de no se qué parecido que parece ser que me encuentran con cierto prisionero de Estado que el diablo se lleve. Si tu reputación es merecida, tengo la seguridad de que harás lo posible para que tan desagradable confusión no se produzca más en lo sucesivo.

Así hablando el marqués habíase instalado en un taburete. Luego añadió :

— Haz conmigo lo que se te antoje... Puedes quitármelo todo : la barba, los cabellos... ¡Todo, ya te lo digo !

Jonás empuñó las tijeras. Sus manos temblaban. La víspera había tenido como cliente á un gentilhombre maleducado, parecidísimo al que le hablaba en aquel momento. Y el hombre no podía concebir que existiese parecido tan sorprendente.

Cierto que el recién llegado, á pesar de sus andrajos, parecía de noble prosapia. ¡Bah ! un aventurero sin duda, de no ser así, — pensaba — no se habría hecho acompañar por el célebre Sed de Sangre, uno de los más temibles bandidos de la capital.

Otra vez Bernardo era tomado por el terrible Sed de Sangre. De nuevo su parecido con este último motivaba la lamentable confusión.

Jonás, persuadido de que era el supuesto Sed de Sangre quien inspiraba el capricho del viejo, se apresuró á satisfacerlo, y de unos cuantos tijeretazos lo despojó de sus largos cabellos y de la barba patriarcal.

Terminada la operación quiso contemplar su obra, y entonces vió algo que le sorprendió en gran manera.

— Que Betsabé, madre de Salomón me asista siempre — dijo convencido, — si no sois, señor Gaultfarault el hombre más hábil de todos cuantos conozco, que son muchos.

Los dos clientes, extrañados de aquel lenguaje, repitieron al mismo tiempo :

— ¿Gaultfarault?

— Sí, — continuó el artista capilar. — Y sepa el gran Coësre, rey de Thunes y del Argot, que no es empresa fácil la de engañar á Jonás... Ya me figuro que habéis pasado un buen rato, riendo á costa mía, al verme destruir concienzudamente vuestra peluca y la barba postiza, tan bien colocadas ambas que he podido engañarme un momento y creerlas auténticas. Pero en fin, ya estoy al cabo de la bromita, y ahora os pregunto : ¿Qué hacéis por este barrio á estas horas, cuando deberíais encontraros, — ¡también yo tengo amigos en el Hotel de Soissons que me enteran de todo ! — cuando deberíais encontraros, repito, reemplazando el difunto marqués de Villanueva-Marsán cerca de su mujer y de su hija ?

— ¡Ah! — exclamó el marqués — ¿ha circulado ya el rumor de mi muerte?

Esta espontánea exclamación hubiera podido perderle.

Sucedió, sin embargo, lo contrario.

— ¡Bravo! — gritó Jonás palmoteando. — ¡Sois un excelente cómico! Difícil es que os gane nadie á imitar con tanto aplomo y tan á la perfección á otra persona. Pues sí; — añadió cuando la risa hubo de permitirselo — todo París está ya enterado de ese desdichado asunto... Tal vez por eso os habéis decidido á recobrar vuestra verdadera fisonomía de árbitro supremo de la Corte de los milagros... ¿Eh? ¿Acierto?

El marqués habíase levantado y sin decir palabra se miraba en un espejo. Lo que acababa de saber por una casualidad obligábale á modificar sus planes, y para formar los nuevos reflexionaba hondamente.

De pronto, imponiendo silencio á Sed de Amor con una imperiosa mirada, dijo al estufista:

— Amigo mío, voy á darte un consejo; no te muestres tan aficionado á adivinar lo que no se te dice porque te expones á que te empalen, ó á que te descuarticen en la rueda. Procura ser discreto si estás bien con tu pellejo, y dime cuánto te debo.

— ¡Oh, nada, señor! La cofradía tiene cuenta abierta en mi casa como yo en la suya.

— Tienes razón: ya liquidaremos más tarde... ¡Repito que silencio!

Dichas estas palabras salió de la casa de baños, arrastrando á Sed de Amor. Doblada la esquina de la

calle de la Tixanderie, se detuvo para exclamar con acento conmovido:

— Caballero, vamos á separarnos aquí porque lo que resta por hacer me corresponde hacerlo á mí solo. Yo no sé ni de dónde venís ni quién sois, porque vuestro nombre no me dice nada. En cambio sé demasiado que no hay alma en el mundo más leal y bien templada que la vuestra, y que habéis hecho por mí mucho más de lo que es dado esperar de un solo defensor. Sabed pues que siempre, suceda lo que suceda, el marqués de Villanueva-Marsán será vuestro obligado mientras viva. Mañana, no antes, os esperaré en mi casa del arrabal San Germán... Guardad vuestro caballo; un truhan como yo no puede tener semejante montura; pero dejadme vuestro perro, que puede serme útil... ¡Hasta muy pronto, caballero!

Silbó á Diógenes dicho esto, y se alejó de allí con paso lento y cansino.